

***Humanae Vitae* versus contracepción:
¿dónde está el progreso para las mujeres y para los hombres?**

Luis Zayas

El tema propuesto en esta mesa se pregunta por el progreso. Quizás, entonces, lo primero que debíamos preguntarnos es ¿qué es progresar? Todo el mundo entiende que progresar es avanzar, mejorar. Sin embargo, surge otra pregunta ¿existe un criterio que nos permita conocer si avanzamos o progresamos? Este elemento es importante, si no hay criterio que nos permita discernir si avanzamos o no, la pregunta de esta mesa no tiene sentido.

En el mundo material en muchas ocasiones es fácil medir el progreso: si un coche nuevo es más confortable o más rápido o más seguro decimos que ha progresado; si aparecen nuevos medios de transporte que nos permiten mejorar nuestras posibilidades de movilidad entendemos que ha habido un progreso en ese ámbito, ... En una sociedad si mejoran los niveles de bienestar solemos decir que la sociedad progresa.

En las personas también tenemos forma de medir si progresan a nivel personal o no: si aumenta los conocimientos, si mejora su complexión física, si es capaz de obtener mejores resultados, en estos casos solemos decir que la persona progresa,

Como vemos, hablar de progreso implica necesariamente aplicar un criterio de valoración o medición. Sin embargo, ese criterio no es unívoco y de ahí que haya conceptos diferentes, e incluso contrapuestos de progreso. Si tuviéramos que dividir en dos grandes grupos los posibles conceptos de progreso, cuando nos referimos a la persona, podríamos hacerlo del siguiente modo:

- Progresar consiste en ganar en capacidad de autodeterminación → Concepto propio del mundo moderno.
- Progresar consiste en acercarse al fin del ser humano. → Concepto propio de la filosofía clásica y cristiana.

Cada concepto de progreso lleva a aparejado un concepto de libertad y en esta cuestión donde me quería centrar:

Si progresar consiste en ganar capacidad de autodeterminación, eso supone que el objetivo de la persona humana debe ser ampliar, cuanto más posible sea, su capacidad de elección, o lo que es lo mismo su libre albedrío o libertad de ejercicio o elección. En esta visión del hombre la libertad es un fin en sí mismo, un fin que no está supeditado a nada.

Si progresar consiste en acercarse al fin propio de cada uno, será necesario descubrir la vocación – a que está llamado el hombre – y una vez conocida ir realizando acciones que nos lleven a alcanzar ese fin o realizar esa vocación. En esta visión del hombre la libertad es un medio, un medio al servicio de un fin y, por tanto, se debe a ese fin (a esa verdad sobre el hombre).

En la visión moderna, la libertad crece en la medida que desaparecen límites o barreras a su ejercicio, en la visión clásica y cristiana la libertad crece en la medida que ayuda al hombre a alcanzar su vocación.

Desde la óptica de la libertad, es desde donde quiero compartir con ustedes dónde veo el progreso para la persona.

Detrás de la anticoncepción está el concepto de libertad moderno: “capacidad de autodeterminarse”. Es una libertad que no acepta ninguna referencia objetiva en su ejercicio, su único límite es la capacidad física o psíquica del hombre para lograr eso que se propone. Resumiendo mucho es una libertad que supone que es lícito hacer todo aquello que se pueda, con el requisito – casi nunca cumplido ni respetado – de no hacer daño a terceros.

Esta concepción de la libertad responde a una antropología que considera al hombre un ser autónomo, es decir, independiente de todo: de Dios, los hombres y las cosas.

Por el contrario, la *Humanae vitae* recuerda al hombre que no es autónomo, sino heterónimo, es decir, que es criatura y, por tanto, dependiente: de Dios, los hombres y las cosas. Y, por tanto, la libertad ya no se entiende como una facultad absoluta y autónoma, sino deudora de un orden objetivo que debe respetar para permitir al hombre su progreso. La libertad es un instrumento para hacer el bien.

En el primer caso, la libertad moderna, hablamos de una libertad sin referencias sin límites. En el segundo caso, la libertad clásica y cristiana, hablamos de una libertad orientada y con límites.

En el fondo, no estamos más que, una vez más, ante la primera tentación, la del paraíso ¿queréis ser como dioses?

Una tentación que tiene que ver con la libertad. Y en este quicio se sitúa en debate entre la propuesta de la anticoncepción y la propuesta del verdadero amor humano de la *Humanae Vitae*. El trasfondo de este debate está en considerar que concepción de la libertad permite al hombre progresar y, por tanto, avanzar hacia la felicidad y plenitud.

¿Qué tipo de libertad es fundamento del verdadero progreso y, por tanto, de la plenitud y la felicidad? ¿Cómo resolver esta duda?

1. Preguntándonos por el sentido

Una primera referencia que podríamos hacernos pensar en esta disyuntiva es si tiene sentido una vida sin rumbo, sin fin, sin objetivo. La libertad que ofrece la anticoncepción es una libertad que no ofrece sentido, no lleva a ningún sitio, simplemente ofrece hacer lo que cada uno quiere en cada momento. Porque digo esto, porque los defensores de la anticoncepción no quieren preguntarse por el significado y sentido del acto sexual.

Aquí no hay dirección, no hay sentido, sólo está el hacer por hacer, elegir por elegir, pero el hombre es incapaz de vivir así de forma permanente. El hombre tiene una vida por hacer y cuando siente que no la construye se deprime, nota un vacío. Es algo que todos experimentamos en muchos aspectos de la vida y la sexualidad no es una excepción.

El corazón del hombre pide crecer, crecer en un sentido muy concreto, en la vocación a la comunión y para eso la libertad pide una guía, una referencia, que no es otra que la verdad – conocer esa vocación -. Desde la verdad el hombre con su libertad si puede construir, si puede crecer.

Si esto lo llevamos al plano de la sexualidad uno descubre que la sexualidad orientada a la comunión de personas, que es la que propone la Humanae Vitae llena, llena el corazón del hombre, es una experiencia real, cuando el acto conyugal responde a un sentido concreto, la entrega total de cuerpo y alma (y eso incluye la potencialidad de ser padre o madre si no hay totalidad) la comunión en el matrimonio crece. Estamos en un contexto de confianza, de entrega, donde uno se siente liberado.

Una libertad que se base en eliminar la apertura a la vida en el acto conyugal es una libertad que hace aparecer la sospecha de la utilidad, del aprovecharse del otro, del interés, del abuso. En ese contexto la relación, la comunión no crece. Aparece el miedo al otro, al vacío – si no le doy lo que quiere quizás se vaya -, la dependencia, ..., ahí no podemos hablar de liberación, al revés la persona queda más atada¹.

Una libertad respetuosa con el ser de las cosas, con el sentido de las cosas libera al hombre porque le ayuda a crecer.

Una libertad sin referencia a nada no estanca, nos esclaviza, debe sonarnos a producto defectuoso, a engaño.

Un don que no demanda una tarea es un regalo trucado. Todo don exige tarea, la libertad es un don y hay que trabajarla, orientarla, educarla, no sólo dejarla actuar.

2. Preguntándonos por el tipo hombre que promueve.

En el campo de la sexualidad la libertad que preconiza la anticoncepción es una libertad con poco grado de humanidad.

Si entendemos que en el hombre hay varios planos: el plano racional, el plano afectivo y el plano instintivo. Lo propio del hombre, lo que le distingue de los demás seres es su racionalidad.

La propuesta de la anticoncepción es dejar que la vida sexual se dirija por una libertad dirigida a nivel de los instintos, que siendo algo constitutivo del hombre, y que juega su papel en la vida humana, es lo que comparte con los animales y, por tanto, es lo menos característico de lo humano.

La anticoncepción invita al hombre a vivir la sexualidad desde los instintos, es decir desde su parte más animal.

Es una sexualidad que acaba siendo vivida en ausencia del dominio de sí y que acaba en el hombre esclavo del sexo, dominado por sus instintos.

¹ Un ejemplo de eso es lo que ocurre en las relaciones prematrimoniales. Por otra parte, la persona queda más atada en la medida que parece que lo que fundamenta la relación es dar al otro lo que el pide, no la entrega mutua.

Esto puede sonar abstracto, pero se concreta muy bien cuando caemos en la cuenta del crecimiento y desarrollo en nuestro mundo de la pornografía, del incremento de la violencia en las relaciones sexuales, de los abusos sexuales, de la prostitución. Todos ellos no son más que manifestaciones de un hombre que vive esclavizado por sus instintos sexuales. Una esclavitud que acaba apareciendo en otros aspectos de la vida más allá de la sexualidad.

La sexualidad que propone la *humanae vitae* exige el dominio de sí por parte de los conyuges. El instinto sexual es orientado por la inteligencia y voluntad, esto es lo propio del hombre que la razón orienta su acción. Estamos ante un tipo de hombre verdaderamente humano. La exigencia de respetar a la vez los significados unitivo y procreativo del acto conyugal exigen un dominio de sí que hace posible la verdadera donación, porque es libre, de uno mismo en la vivencia de la sexualidad y el crecimiento en la comunión. Esta libertad no esclaviza al hombre como vemos, lo hace dueño de sí y, por tanto, verdaderamente libre, verdaderamente capaz de donarse.

3. Preguntándonos por los efectos que genera

La denominada libertad sexual, consecuencia lógica de la anticoncepción, ha generado efectos muy concretos en nuestra sociedad:

1. Banalización de la sexualidad: Primero se separa la sexualidad de la procreación (lo importante es el amor); después se separa la sexualidad del amor (lo que importa es el placer) y finalmente todo vale en la sexualidad para conseguir placer. A
2. Aumento de la violencia en la práctica del sexo, así como instrumentalización del otro.
3. La mujer la gran pagana de la autoconcepción: Objetualización de la mujer, generación de dependencia, corre con la carga de la anticoncepción y sus efectos, ...
4. Embrutecimiento del hombre. Un hombre que no se mueve por la razón sino por el instinto.
5. Se desdibuja la complementariedad entre hombre y mujer
6. Aumento de la infidelidad.
7. Aumento de los abusos sexuales.
8. Descenso de la nupcialidad
9. Desprecio de la vida naciente (aborto)
10. Objetualización del niño (carga, FIVET, gestación subrogada, ...)
11. Descenso de la natalidad
12. Homologación de la homosexualidad a la heterosexualidad.
13. Rompe la comunidad. La búsqueda del propio interés en un ámbito tan central en el hombre como es la sexualidad lleva a promover un hombre individualista que ve al otro como un objeto.

Todos estos efectos tienen un elemento en común además de que provocan daño y es que no remiten a una falta de libertad real de las personas y en la sociedad.

Por el contrario, allí donde se vive la sexualidad conforme a la propuesta de la *Humanae Vitae*:

1. La mujer es respetada y querida
2. El hombre es dueño de sí
3. Luce la complementariedad entre hombre y mujer
4. La fidelidad se fortalece
5. Aparecen familias fuertes y en muchos casos numerosas
6. El hijo se vive como un don y se respeta su dignidad
7. La natalidad es mayor
8. Fortalece la comunidad

4. Preguntándonos por el papel de Dios

La visión de la sexualidad deudora de la anticoncepción expulsa a Dios de la vivencia de la sexualidad del hombre. La propuesta de la *Humanae Vitae* la integra haciendo al hombre un cooperador de Dios en su obra creadora.

Si reconocemos en el hombre un carácter trascendente en aquella propuesta que expulsa a Dios de la sexualidad no puede haber progreso. Por el contrario, en aquella propuesta que integra a Dios y ayuda al hombre a vivir en comunión con Él y cooperar en su obra creadora está sin duda el progreso.

Y si la sexualidad no es tan importante

Alguien podría pensar que estando de acuerdo que hay que apostar por el tipo de libertad que promueve la *Humanae Vitae*, no pasaría nada porque no se viva en el campo concreto de la sexualidad. Sin embargo, a esa duda hay que contestar que la sexualidad es una parte esencial del ser de la persona, un elemento que le configura, hasta el punto de que decimos soy hombre soy mujer (no decimos tengo sexo hombre o sexo mujer), es un elemento fundamental para vivir la vocación a la comunión y si un aspecto esencial de la persona es vivido desde una concepción equivocada de la libertad es toda la persona la que naufraga.

¿Dónde encontrar el criterio para orientar la libertad?

Decíamos que libertad que propone la *Humanae Vitae* es una libertad concebida como instrumento al servicio de un fin. ¿Dónde encontramos ese fin al que debe servir la libertad humana? En la naturaleza del hombre, conociendo lo que es el hombre podemos conocer su vocación y su fin y desde ahí orientar nuestra libertad.

Desde mi punto de vista la *Humanae Vitae*, un sí a la verdad del amor humano como base para el progreso verdadero del hombre, como camino para alcanzar la plenitud de su vocación.

Una vez más la Iglesia, en este caso Pablo VI, se puso del lado del hombre, de su felicidad, del verdadero progreso. Y una vez más esto le supuso a la Iglesia ser signo de contradicción con todo lo que ello conlleva (incomprensión, difamación, persecución, traiciones interiores, cobardías, ...).

Emergencia educativa

Mi mujer que tiene la suerte de ser profesora de Doctrina Social de la Iglesia y Bioética se queda sorprendida cuando explica el sentido de la sexualidad humana de las reacciones de muchos alumnos en el sentido de “¿por qué nadie me había explicado esto?”, “¿ahora entiendo todo?” o “ojalá hubiera sabido todo esto antes”. Esto demuestra que esta doctrina no se pone al alcance de muchos jóvenes lo que implica que pierden la posibilidad de una vida feliz y plena, de realizar su vocación al amor.

En distintas ocasiones ha afirmado Benedicto XVI que estamos ante una verdadera “emergencia educativa”. El papa Francisco escribía claramente en *Amoris Laetitia*: “No hay que engañar a los jóvenes... El lenguaje del cuerpo requiere el paciente aprendizaje que permite interpretar y educar los propios deseos para entregarse de verdad. Cuando se pretende entregar todo de golpe es posible que no se entregue nada. Una cosa es comprender las fragilidades de la edad o sus confusiones, y otra es alentar a los adolescentes a prolongar la inmadurez de su forma de amar. Pero ¿quién habla hoy de estas cosas? ¿Quién es capaz de tomarse en serio a los jóvenes? ¿Quién les ayuda a prepararse en serio para un amor grande y generoso? Se toma demasiado a la ligera la educación sexual.”²

Reto en el mundo de hoy

Es verdaderamente urgente mostrar a los jóvenes el verdadero sentido y significado de la sexualidad humana. Si nos creemos – porque saber lo sabemos – que en la *Humanae Vitae* está la fuente del progreso es un deber llevarlo a la sociedad.

Hay que mostrarlo desde la verdad, es decir, explicando que es un camino exigente, esforzado, pero también hay que transmitir al mundo que todo lo que vale de verdad, lo que nos hace crecer, exige esfuerzo, sacrificio y renuncia.

Hay que hacerlo desde la lealtad a la propuesta integral de la *Humanae Vitae*, un amor abierto a la vida, evitando la tentación de transaccionar con el mundo mostrando una versión atemperada (y, por tanto, adulterada) de la *Humanae Vitae* como una versión cristiana de la mentalidad anticonceptiva.

La *Humanae vitae* no es un NO a la píldora anticonceptiva, ni tampoco un análisis sobre qué métodos son lícitos, los naturales o los artificiales. La *Humanae Vitae* es un sí integral a la acogida generosa de la vida, una propuesta de apertura efectiva a la vida. Por eso San Pablo VI en el párrafo 16 explica que para espaciar los embarazos hace falta motivos serios.

Si no hay motivos serios para espaciar los embarazos no cabe recurrir al reconocimiento de la fertilidad para espaciarlos. Y este es el punto que el mundo no quiere que transmitamos y si no lo transmitimos edulcoramos – traicionamos – la enseñanza de la *Humanae Vitae* y la reducimos a una cuestión de métodos y ahí estamos ya donde quiere el mundo, en la mentalidad anticonceptiva y la *Humanae Vitae* es lo contrario de esa mentalidad.

Todo esto será imposible sin el anuncio del Evangelio: para aprender a amar es imprescindible un corazón nuevo que acoja el Amor.

² Francisco, *Amoris Laetitia*, 19 de marzo de 2016, num 284

Sin la gracia, que iluminando nuestra inteligencia y fortaleciendo nuestra voluntad nos hace verdaderamente libres, es realmente difícil el autodomínio imprescindible para la auto-donación que exige el amor. Y si el hombre no aprende a amar es mucho lo que está en juego.

Por eso afirma Pablo VI en el llamamiento final de HV: “el hombre no puede hallar la verdadera felicidad, a la que aspira con todo su ser, más que en el respeto de las leyes grabadas por Dios en su naturaleza”.

Creo que tenemos el deber de seguir empujando para que la propuesta del verdadero del amor humano sea presentada al mundo de forma desacomplejada y en toda su integridad y belleza, sólo así habrá capacidad para transformar el mundo. Pero para eso no basta con saber la teoría, hay que creer en ella y vivirla.

Muchas gracias